

## *En el “demonio de las carreras” es más el ruido... que la película.*

Para todos aquellos que gustan del espectáculo cinematográfico, 1936 promete ser uno de esos años que dejan el bolsillo exhausto pero el ánimo satisfecho.

El plan de producción de obras realizadas y a filmarse que han dado a publicidad, principalmente los talleres americanos y los linenses permite suponer con fundamento que este año el nivel de calidad de los “films” marcará un señor repunte.

Korda y su “Vida privada de Enrique VIII” rompieron, hace ya dos años, el fuego de una lucha Londres – Hoollywood, que ha encendido la sangre a los californianos. Este año habrá fuego graneado. La magnitud de la batalla reclamado tanto el concurso de los muertos - Shakespeare, Swift, Dickens, Thackeray – desenterrados a pesar de ser los más difícilillos de traducirse al cine – como de los que viven y levantan una polvareda de comentario (H. G. Wells). Con un argumento inédito que titula “Dentro de cien años”, éste en colaboración con Korda empleará su desbordante inventiva en una de las descargas cerradas que enviarán al mercado los estudios de Londres. Por otra parte el programa de Korda de tanto bueno como anuncia da vértigo.

Hoollywood por lo demás sigue despilfarrando millones y atrayéndose a las celebridades. Von Sternberg dejó por fin quieta a su Trilby – Marlene Dietrich- y desde los “sets” de la Columbia ensaya su puntería con Dostoiewsky en “Crimen y Castigo”.

Max Reinhardt – el director máximo de teatro europeo – hace un ensayo de campanillas en “Sueño de una noche de verano”, donde se anima por la primera vez una obra de Shakespeare en el lienzo y donde los Warner tiraron la casa por la ventana.

Chaplin ya ha transformado en angustia la expectativa mundial por sus “Tiempos modernos”, película de sátira social y ribetes comunizantes, que trae un viento de fronda a la habitual organización mimética e ideológica de su obra.

Y así sucesivamente, “CINE ACTUALIDAD” ha de vérselas en figurillas para elegir las diez mejores películas del año.

Se abren nuevas salas céntricas: se lanza, con escandalosa profusión, el material de primera de una compañía británica que diversos intereses mantuvieron en los archivos y que ahora veremos desde la sala de un teatro céntrico: se agudiza la competencia... Y se nos paran los pelos de punta en pensar en todo lo que tendremos para escribir.

“Neumáticos al rojo” se llama en el original esta comedia de Warner Brothers dirigida por D. Ross Ledermann. Lo cual se justifica en el primer rollo de la misma. Salen los coches del “speedway” como alma que lleva el diablo... y al poco rato hay que sacar los neumáticos recalentados. Algo de esto parece pasar, también, con el argumento. En cuanto fallece el villano en el tercer acto y tienen que ponerle un repuesto al asunto, éste ya no corre más y pierde su ritmo y su velocidad. Recién en el último acto vuelven a ponerse los neumáticos al rojo. Y entonces nos damos cuenta de que todo el argumento había desaparecido entre la polvareda levantada por los “drivers”.

No faltan aquí, claro está, las trágicas volteretas, los choques y el incendio en plena carreras de los coches. Espectáculo sensacionalista que parece no haber adquirido mayor cotización en el cine parlante.

### *Una Mendoza (?) insospechada*

La cosa se complica en este caso en particular, con una maniobra en el que al villano le sale el tiro por la culata y que hace al héroe ir a parar con sus huesos a la cárcel. Se

escapa de aquí, naturalmente de un modo espectacular en momentos en que le llevaban el indulto, y se va a Sud – América a ganar premios en Río de Janeiro y Buenos Aires. Y a presentarnos, una imaginada Mendoza cuyos habitantes hablan con acento mejicano, bailan rumba y anuncian corridas de toros con cartelones a la entrada de sus hoteles = casinos. De esta hipotética ciudad argentina vuelve el mozo a Estados Unidos para conducir el coche de la heroína en las famosas carreras de Dayton. Baja en avión en plena pista, gana la carrera - ¿ qué casualidad, no? – ... Pero tortúrense Uds. En adivinar el resto.

### *Gentes medidas y ruidos desmedidos*

Lyle Talbot, cuyos rasgos, a medida que se acentúa la reciedumbre física de sus interpretaciones, parecen tallados en piedra, emplea su corrección habitual en el curso de estas aventurillas y a tono con el salen Mary Astor, con quien la cámara está siempre galante, menos en la escena del juicio oral; Gavin Gordon, cuyos esfuerzos por hacerse antipático tienen magnífico resultado, y Roscoe Karns, Que, como de costumbre, es el mejorcito de todos ellos.

Una cosa sobra en “El demonio de las carreras” – fuera de la película misma: - el ruido. Motores de los coches, rugidos de la multitud, crispación de los “derrapages”, sirenas de la prisión, bocinas de los coches de la policía... Toda una sinfonía modernísima, como para que, hartos familiarizados como estamos ya con el cine parlante, no olvidemos que esta producción es “sonora”.

“Handicap” inútil frente al recuerdo de aquellas silenciosas antepasadas.

R. A. D.